

LA CASA DE LAS SOMBRAS



**POR
JUAN ANGEL LAGUNA EDROSO**

GORGONA PULP EDICIONES



PRESENTA...

LA CASA DE LAS SOMBRAS

POR JUAN ÁNGEL LAGUNA EDROSO

Créditos

La casa de las sombras

Colección: Penúltimo escalón

Segunda Edición: marzo 2016

Código: COD 9785400038635050069

Autor: Juan Ángel Laguna Edroso

Ilustración de portada: FreeStockPhotos.biz

Maquetación y diseño: Kachi Edroso

Corrección de estilo: Elías Fosco

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Gorgona Pulp Ediciones

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Santiago Eximeno,
por hacer un hueco a la Dama Gato en las sombras de Qliphoth

Al capitán Agutxi,
por mostrarme el infame libro de las faltas

A Ladislas Chamski,
por el vino de nueces y su acogida en el castillo de Ribaute

A mi hijo Côme,
y a su inquietante amigo del otro lado del espejo

Y muy especialmente a Darío Vilas y el equipo de DH Ediciones,
por haber sido los primeros en apostar por este monstruo

Cada vez que le veo, rompo a llorar. Desde su muerte lloro con frecuencia.

La casa de las sombras

A todos nos gustaría hablar con los fantasmas. Sin embargo, es una habilidad que pocos en la familia poseen. Es uno de los múltiples caprichos de nuestra sangre. Y no es el más extraño, ni el más inquietante.

Dicen que la tía Ágata conoce todos nuestros secretos, aquéllos que confesamos y aquéllos que no se pueden confesar. Yo creo que es mentira, y además es imposible de comprobar: la tía Ágata se pasa los días recorriendo la casa, palmatoria en mano, hablando a las sombras. Seguramente está loca, aunque pudiera ser, precisamente, por haber desvelado todos nuestros misterios. De todas formas, no sé cómo podría yo conseguir que me contara los secretos si, según parece, le resulta más interesante murmurar a los tapices. Al final será el señor Murdock, el viejo gato gris que le acompaña a todas partes, el que termine por recopilarlos. Es el único capaz de pasarse todo el día escuchando a la anciana.

Todos en la casa creen que el minino le tiene mucho cariño a la tía Ágata, pero yo sé que es mentira: en realidad, el gato la sigue porque tiene miedo. Todavía no he descubierto a qué, y no porque en esta casa falten los peligros, sino porque no consigo imaginar de qué podría protegerle la vieja y, sobre todo, qué hay que sea peor que vagabundear con ella por los pasillos. Si alguien me hubiera pedido mi opinión, haría tiempo que hubiera cosido la boca a mi tía. Así no tendría que oírle, ni iría contando nuestros secretos a quien no

debe. Pero, por supuesto, soy demasiado pequeña para que nadie me tome en cuenta.

Las cosas terminarán cambiando, pero todavía tengo que ser paciente. Diez años no son muchos, pero parecen una eternidad cuando no puedes salir de estas siete habitaciones. Son muy poco espacio para tantas criaturas, sobre todo cuando sólo puedes hablar con las humanas, y no eres capaz de hablar con los muertos.

Intento distraerme, mantenerme ocupada para no ver cómo me observan desde sus escondites, riéndose de mí por no saber escucharles, pero no es sencillo. La biblioteca apenas contiene libros que no haya leído, y sus amarillentas páginas ya no me subyugan como antes, cuando apenas sabía leer. Hace tiempo que me interesan más los grabados con que se adornan, como si mi encierro me estuviera infantilizando.

La sala de juegos, a pesar de esta regresión, tampoco me entretiene. Me sorprende mirando con repugnancia esas caritas de porcelana tan delicadas, como si sus rostros fueran algo sórdido, como si no fueran angelicales niñitas cursis. Los únicos juegos que revisten algún interés no me sirven todavía. ¿Con quién podría jugar al ajedrez o a los naipes? Únicamente el armonio llena algunas horas de tedio, a pesar de verme obligada a sonar, una y otra vez, las mismas partituras.

En la capilla no querría pasar ni un segundo más de lo necesario, el escritorio es detestable, en el baño no es decente demorarse y en el comedor, en realidad, no hay nada que hacer. Al final, mi propio aburrimiento reduce mi jaula, y suelo terminar mis horas en mi dormitorio. Apoyada en el alfeizar miro los bosques, la infinidad de árboles que circunda la casa en todas las direcciones. Los bosques oscuros, im-

penetrables. *Nadie puede cruzar los bosques.* Los bosques que dan cobijo a los lobos.

Siempre me he preguntado por qué demonios no contratan a un *louvétier* para que masacre a todas las alimañas. Así podría atravesarse el bosque y, por fin, pasaría algo en este maldito caserón.

Pero claro, no es lo que *ellos* quieren. Al menos no para mí. Si no, me dejarían salir de estas malditas siete habitaciones, aunque fuera acompañada. No es tan difícil entender que, con diez años, resulta aburrido no poder salir de aquí.

Otra cosa sería que tuviera año y medio, como Côme. Él sí que se divierte correteando todo el día por las siete habitaciones. Para él son un mundo vasto y fascinante. Cada día descubre un nuevo rincón, o cree descubrirlo en uno que ya había olvidado. Para él las arañas son un misterio, y los libros un enigma. Puede pasar horas observando el dibujo de una vieja alfombra, o el entramado de un tapiz. Para él las muñecas siguen siendo objetos sorprendentes, llenos de posibilidades, sobre todo cuando le impido cogerlas. Y, además, él sí que puede escuchar a los fantasmas.

Todavía no habla, así que no puedo saberlo a ciencia cierta, pero estoy segura de que les oye. A veces, sin previo aviso, se para en mitad de una habitación y escucha, expectante, algo que no se alcanza a oír. Me recuerda al viejo señor Murdock y sus aires desconfiados. Pero en mi hermano no se percibe el temor del gato, sólo la insaciable curiosidad que muestra con todo lo demás. Y yo le odio. Y le temo.

Si me dejaran salir de aquí, iría a la biblioteca, a la de verdad, y le preguntaría al abuelo si todos los bebés *oyen*. Mejor aún, iría a ver a Natasha y le obligaría a contármelo. Ella puede oírlos, así que debería poder contestarme. Lo malo es que podría decírselo a mi padre, y eso no le gustaría.

Me escribió una carta muy clara en la que no dejaba lugar a interpretaciones ni a dudas. Quizás incluso me castigase. ¿Sería capaz de pedir que me llevaran a su despacho? Dudo que quisiera perder el tiempo entrevistándose conmigo. Es más posible que delegase en su hermano, el tío Hugh, y eso sólo podría querer decir una cosa...

Me dan escalofríos sólo de pensarlo. El cuervo, la pluma, el cráneo, la vela, el polvo, las vidrieras, el tomo, el arañar sobre el pergamino, el trazo carmesí sobre las páginas, el borrón negruzco, las lágrimas... ¿Qué fue lo que dijo la última vez que nos vimos? “Eres mi musa más preciosa, y la que más dolor me causa”. Sólo espero que, cuando termine, me dé alguno de sus malditos libros. Quizás así me aburra un poco menos, o descubra algo más.

Desde luego, no será interrogando a la vieja tía Ágata que me enteraré de cómo murió mi madre, o de por qué le susurra males de ojo al portero, pero puede que sí si consigo alguno de los libros del tío Hugh. Después de todo, es él quien ordena las capillas, y yo sé que hojea los libros de las faltas.

Estoy deseando que Côme empiece a hablar. Cada día intento enseñarle una nueva palabra. Creo que será fácil sonsacarle mientras sea pequeño, y si los fantasmas le hablan de verdad, tendrá muchas cosas que contarme. Es sólo una cuestión de paciencia, y de voluntad, conseguir que aprenda rápido. Y son dos cosas que tengo en abundancia. Sería incluso más fácil si no tuviéramos espejos, pero el aya, esa bruja que no ha querido decirme su nombre, me ha prohibido tocarlos.

Ella no lo entiende. Nunca mira cuando Côme juega. Se lee sus malditos poemas de Brönte y sueña con un caballero lánguido que la corteje. ¡Cómo si alguien pudiera atravesar los bosques! Estúpida.

Mejor haría en vigilar al bebé, en zambullirse en esos ojos grises que todo lo ven. Quizás entonces entendiera por qué quiero romper todos los espejos, hacerlos trizas, lanzarlos por las ventanas bien lejos.

Él ve algo en ellos. Algo que no es un hombre, pero que, como los hombres -mejor, como los fantasmas-, puede hablarle. Y le cuenta cosas. Le he visto mil veces asomarse al espejo, cuando estamos en otra habitación, y reírse. Pero no reírse como cuando tira una pelota, o como cuando ve una araña. No, reírse como cuando ve a la tía Ágata, o como cuando mi madre le habla.

No hay duda: cuando señala con sus deditos al espejo es porque ha visto a alguien, y quiere mostrárnoslo, pero *eso* nunca permanece. Puedo ver la desilusión en los ojitos de mi hermano tan claramente como la alegría cuando el ser vuelve aprovechando que ya estamos lejos. Mejor haríamos, desde luego, rompiendo todos estos espejos embrujados, porque si la criatura se esconde es porque es inteligente, y ladina. ¿Quién podría querer dejar una puerta abierta a ese ser avezado? Por lo menos unos cortinajes, un lienzo pesado y negro.

Pero el aya es estúpida, y nos traerá la ruina. No me permitirá cerrar el portal, no, y yo sé por qué. Lo hace porque me odia, porque un día pronuncié un nombre, el único nombre que no se puede mencionar. Isabelle.

En esta casa de maleficios, locos, monstruos y fantasmas hay un nombre prohibido más allá de toda ley humana y divina, un secreto que pesa más que una lápida fratricida.

Y yo lo pronuncié.

Él bebe las lágrimas hasta que se secan, y después devora mis ojos.

El visitante

Apenas había despuntado el sol cuando el aya despertó a Marianne con la campanilla. Su sonido cristalino se había abierto paso por las brumas de sus sueños disipándolos en el preciso momento —estaba segura— en que iba a descifrar cómo su hermanito era capaz de oír a los fantasmas. Sin embargo, su irritación inicial pronto dejó paso al desconcierto.

—Tiene una visita, señorita Marianne. Le espera en la biblioteca pequeña.

Aquello era totalmente insólito. ¿Una visita? Quién demonios podría visitar a una niña de diez años que nunca había salido de sus siete habitaciones.

—Si se trata de una broma —declaró la niña con un claro deje cruel en la entonación— te coseré yo misma la boca.

El aya se detuvo un momento, mirándole desde detrás del baldaquino, antes de continuar con sus quehaceres por la habitación. Marianne, sin contener una sonrisa de satisfacción, saltó de la cama y, en camisón, se encaminó a la biblioteca. No captó la mirada sardónica que le dedicaba la niñera.

Al cruzar la puerta, su mirada se posó de inmediato en el visitante. No era más alto que ella y, aunque vestía con patente elegancia, no le pareció muy impresionante. A pesar de todo, miraba a través de la ventana con gran aplomo, las manos enlazadas en la espalda, como si estuviese contemplando un campo de batalla o esperando algún importante despacho.

Cuando oyó a la niña cerrar la puerta, se dio la vuelta y le hizo una breve reverencia. Su cabello oscuro, peinado hacia delante en un trasnochado estilo napoleónico, apenas se movió unos milímetros: como una guardia fiel, sus mechones permanecieron enmarcando sus pálidas y delicadas facciones.

—Señorita —saludó galantemente acompañando el gesto.

Marianne inclinó la cabeza con indolencia, estudiando al chiquillo. Había algo perturbador en sus maneras, entre irritante y grotesco. Jamás hubiera reconocido cuánto le seducía.

—No eres muy impresionante —le espetó desconsideradamente—. ¿Eres un juguete, tal vez?

—Vaya una idea ridícula —se defendió el niño sin abandonar su cortesía ni apartar sus penetrantes ojos verdes de su anfitriona—. Desde luego, no es el recibimiento que esperaba después de un viaje tan agotador.

—*Nadie puede cruzar los bosques* —repuso Marianne como si aquella frase lapidaria explicase todo dándole la razón.

—Hubiera dicho el contrario —apuntó, mordaz, al tiempo que se quitaba la capa.

Divertido por su propio comentario, el muchacho esbozó una sonrisa que mostró un par de abigarradas hileras de dientecillos puntiagudos. Su dentadura le confería un aspecto amenazador, de alimaña, y lo sabía. La niña dio un pequeño respingo; el visitante le hacía pensar en un cocodrilo.

—Si no entiendes lo del bosque, es que no eres de esta casa —repuso, algo conciliadora—. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—Durmiendo; me despertaron cuando el coche paró ante la escalinata.

—¿Y para qué has venido? —continuó, ya más curiosa que hostil, con su interrogatorio.

—Para conocer a mi prima Marianne; por lo visto, merece la pena un viaje tan largo sólo por conocerla —añadió guiñándole un ojo. La niña se sonrojó levemente, aturullada por sus modales de hombre de mundo—. Mi nombre es Ladislás —completó la presentación tendiéndole una mano.

Marianne posó sobre ella la suya con un estudiado gesto lánguido que le vino a la cabeza casi sin pensar. Las estúpidas lecciones del aya valían finalmente para algo. El chiquillo la besó con delicadeza, apenas posando los labios sobre sus dedos.

Durante unos instantes, los dos se miraron en silencio. Ladislás parecía escrutarle, estudiar cada rasgo, y Marianne pensó que se debería, seguramente, a que ella tenía el pelo rubio y ensortijado. Por lo demás sí que tenían un parecido razonable, a excepción —gracias a Dios— de la dentadura. Al final, cansada de aquel silencio, le preguntó:

—¿Quién es tu padre?

Ladislás se encogió de hombros, indiferente en su ignorancia.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca le he visto —aclaró sin demasiado entusiasmo—. ¿Y tú al tuyo?

Marianne frunció los labios. Desde luego, eran familia.

—No, tampoco. Está trabajando en su despacho —añadió irritada—. No pensarías que iba a venir a recibirte...

El niño volvió a encogerse de hombros antes de contestar.

—No, ciertamente no lo esperaba. ¿Debería?

—No, claro que no. El día que le veas —añadió siniestramente— desearás no haberlo hecho.

Ladislás frunció el ceño, intrigado, y luego se alejó caminando hacia el salón de juegos. Se había cansado de aquella conversación de picajosos, pero no estaba bien que lo dijera. Era mejor cambiar de tercio con elegancia.

—¿Accederías a hacerme de guía por vuestra propiedad? —aventuró recuperando su tono galante—. Los jardines parecen formidables.

Ella le miró entre horrorizada y divertida. “¿Es posible ser tan estúpido?” parecía preguntarse.

—No se puede recorrer la casa. —Él enarcó una ceja, interrogante—. No se puede recorrer la casa; *ellos* no lo permiten.

—¿Quién “ellos”?

—*Ellos*. Tú tampoco puedes *oírlos*, ¿verdad?

—¿Es necesario que pongas tanto énfasis en lo que dices? —replicó Ladislás, provocándola—. Resulta algo pueril.

—Debería haber imaginado que tú no eras capaz de *oír* —sonrió triunfante la niña—. ¿Por qué, si no, preguntarías tantas tonterías?

El chiquillo se revolvió como una serpiente irritada, pero antes de que pudiera decir nada, su anfitriona le detuvo alzando un dedo.

—Observa —le conminó con una autoridad inusitada.

Siguiéndole, en silencio, terminaron de recorrer la distancia hasta la sala de juegos. Sin embargo, en vez de entrar, observaron desde el umbral.

En el interior, en mitad de un desorden absoluto, un bebé rubio, de apenas año y medio, jugueteaba erráticamente.

te con muñecas, pelotas y otros objetos menos ortodoxos. Estaba tan absorto que no se había dado cuenta de que era observado.

—Es mi hermano, Côme —susurró la niña al visitante, quien callaba su escepticismo.

El bebé, ajeno a los dos niños, tomó una espada de madera y se acercó, arrastrándola, a uno de los espejos que adornaban la pared norte. Hacia él la tendió, ofreciéndosela —quizás a su reflejo— al tiempo que emitía un sonido inarticulado. Ladislás, aburrido, se sentó apoyado contra una jamba.

—Espera —le dijo Marianne con una nota de pánico en la voz—; *él* no está allí.

—¿Quién “él”? —protestó. Pero antes de terminar se le congelaron las palabras en la boca.

Côme sonreía, feliz, como si alguien hubiera llegado al otro lado del espejo. Con gritos guturales le daba la bienvenida, mostrándole su espada de madera y contándole cosas imposibles de entender. De vez en cuando, el niño se volvía hacia las puertas de la habitación, como buscando a alguien con quien compartir su hallazgo, pero nada más ocurría.

Marianne se volvió hacia su primo, sabiéndolo perturbado.

—Si nos acercamos, no veremos nada. Porque tú tampoco puedes *ver*, ni *oír*.

—No hay nada que ver —replicó conteniendo la voz—. ¿Qué es lo que habría que ver en ese viejo espejo? Es sólo un bebé jugando...

—Ésta —dijo la niña sabiendo que, por fin, había ganado la partida— es una casa muy antigua. Entre sus muros habitan miles de sombras, algunas de antes de que los hombres supieran levantar castillos, y tejen mil susurros. Algunos pueden oírlas, como mi hermano. Es sólo un bebé pequeño

incapaz de decir qué oye, pero oye. Y si pudiera hablar, hablaría. Es uno de los dones de la familia. Tú deberías saberlo, si es que eres de verdad mi primo.

—Cuentos de viejas —desechó el discurso—. Nadie se tomaría en serio semejante desatino.

—Tienes lengua de culebra. Sabes que es verdad pero dices que no porque no quieres reconocerlo.

—Os inventáis estas cosas porque creéis que así vuestra casa tendrá mayor abolengo, pero son cuentos de viejas.

—Los cimientos de esta casa son tan viejos que encontraron huesos de vikingos entre sus sillares —recitó Marianne con patente orgullo.

—Todas las casas guardan esqueletos en sus armarios —le contestó Ladislás con cierto aire de suficiencia.

—No tan viejos como éstos —sentenció la niña, desafiante—. ¿Te atreverías a verlos?

—¿Te atreverías a mostrármelos?

Un silencio de sepulcro se instaló entre los dos niños. Por la cabeza de Marianne pasaban las siete habitaciones, la prohibición, *ellos*; pero también el orgullo, la dignidad, su sentimiento de estirpe. Intentó vislumbrar qué pasaba por la cabeza de Ladislás, pero no consiguió penetrar sus ojos maliciosos ni su sonrisa de caimán. Al final, decidió que no sería derrotada.

Abandonando al bebé con sus juegos, Marianne conminó al chiquillo a seguirle. Fueron a la capilla y, en ella, la niña se arrodilló frente al altar. Permaneció en silencio unos minutos, que Ladislás aprovechó para contemplar, admirado y fascinado, las lúgubres gárgolas que adornaban por igual bajorrelieves y vidrieras. Después, tras un rato indefinido, Marianne se puso en pie y tomó el libro que había sobre el

altar, un volumen grueso de tapas negras remachadas en plata.

—Tráeme cálamo y tinta —le susurró, lívida, a su nuevo cómplice; y cuando éste le trajo el recado se puso a escribir, pausadamente, sobre el libro.

Ladilás no pudo ver lo que ella escribía, ni siquiera apreciar su delicada caligrafía, pero entendió que era un ritual necesario, y misterioso. Aguardó pacientemente a que terminara, y sólo entonces, y únicamente con la mirada, se atrevió a preguntarle.

—En ocasiones —le dijo la niña, francamente satisfecha— es conveniente dejar constancia de nuestros pecados por adelantado. ¿Quién sabe si los demonios vendrán a reclamarnos antes de que podamos volver a esta capilla? Como ya te he explicado, mi ignorante primo, ésta es una casa muy vieja.

El chiquillo se estremeció, presa de una particular excitación, al oír aquellas palabras. Y cuando su prima le tomó de la mano, y corrieron de vuelta hacia la biblioteca, se sintió extrañamente ligero.

Tras ellos dejaron el libro negro abierto. En él se había consignado la infracción todavía no consumada bajo un nombre primorosamente tachado: Isabelle.